

ENTRE EL TEATRO, LA HISTORIA Y LAS DIVERSIONES PÚBLICAS¹

Alejandro Ortiz Bullé Goyri*

A Miguel Ángel Vásquez me lo he encontrado muy frecuentemente trabajando en alguna de las galeras del Archivo General de la Nación; su espíritu callado, a veces taciturno, lo convierte en una figura que parece pertenecer al extraño paisaje interior del Palacio Negro de Lecumberri. Quizás en su vida anterior, antes de que el destino lo volviera historiador, algo tuvo que ver con ese lugar de siniestras historias. Quién sabe...

También aprovechando mis encuentros con él, en el AGN le he

preguntado por algún dato, sobre la localización de alguna fuente de información, y Vásquez con toda tranquilidad me ha respondido: “¡Ah, sí! eso puede estar en el ramo de historia serie “Diversiones Públicas”, busca en el volumen 482 o 483 y creo que el dato está en las fojas 1 y 3, así que no está difícil encontrar lo que buscas”. Y sí, efectivamente ahí se localizaba la información que requería.

Y consecuencia de ese interés y de esa labor de búsqueda y revisión de fuentes documentales en torno a la vida teatral en la ilustración y en el México independiente de Miguel Ángel Vásquez es que sale a la luz este libro que se ha titulado *Fiesta y Teatro en la ciudad de México (1750-1910)*.

Estudio dividido en dos ensayos que ya desde ahora debe despertar el interés tanto de estudiosos del teatro en México, como para historiadores de diversas especialidades, pues el trabajo ofrece multitud de fuentes, referencias y nuevas perspectivas en torno de la vida pública y la vida cotidiana en dos periodos de la historia de México, así como los vínculos entre el arte teatral patrocinado o promovido por el Estado y el calendario festivo cívico-religioso que aún en nuestros días siguen teniendo relaciones, como es el caso de las representaciones de la Batalla del Cinco de Mayo y particularmente las representaciones realizadas a propósito de las fiestas de la Independencia nacional cada 15 de septiembre.

Es, pues, este libro, dos libros y no uno. O si se prefiere puede uno acogerse a la consigna “Dos libros por el precio de uno”.

El primero se titula *Los espacios recreativos dentro de la reforma urbana de la ciudad de México durante la segunda mitad del siglo XVIII*.

Y el segundo:

Teatro y calendario cívico en la ciudad de México 1824-1910, un medio para el fomento del teatro.

Aspecto poco práctico para el lector pero sí, al parecer, para el CITRU (Centro Nacional de Investigación

¹ Notas y comentarios al libro, Miguel Ángel, *Fiesta y teatro en la ciudad de México (1750-1910)*, dos ensayos, México, Conaculta-CITRU/INBA. Escenología, 2003, 347 pp.

Teatral “Rodolfo Usigli”), que al publicar en un solo tomo obras disímbolas ahorra recursos económicos, como ocurrió con el volumen de trabajos ganadores del Premio “Rodolfo Usigli” de investigación teatral 1993, de los autores Ricardo Camarena y de Alma Montemayor respectivamente, que se encuentran juntos en un libro con temas por demás bastante ajenos: El control inquisitorial y el teatro, por un lado, y por el otro historia del teatro en Chihuahua.

En cuanto al trabajo de Miguel Ángel Vásquez, hay un hilo conductor bastante claro: Las relaciones entre el poder político y prácticas sociales como recreaciones y representaciones dramáticas. Pero es cierto que el material podría entonces haberse enriquecido con otros ensayos sobre temas afines del autor.

El trabajo —o mejor dicho— los trabajos de Miguel Ángel Vásquez se enmarcan dentro de una línea de investigación que bien podríamos llamar como “estado, poder, teatro y diversiones públicas”, en donde se pueden ubicar diversos trabajos de investigación histórica de gran valor, como son los realizados por Germán Viveros sobre el teatro dieciochesco novohispano, los trabajos sobre la vida escénica y la censura en el teatro novohispano de Maya Ramos Smith, y el ya célebre estudio sobre diversiones públicas y vida social en el siglo XVIII, *¿Relajados o reprimidos?* de Juan Pedro Viqueira Albán.

La peculiaridad del trabajo de Vásquez, en lo tocante a su estudio sobre recreaciones públicas en el siglo XVIII, estriba en su acercamiento al tema desde la perspectiva de analizar

el proyecto de reordenamiento urbano promovido por los gobiernos ilustrados, en donde los ámbitos de lo público y lo privado se vieron afectados, como ocurrió con el fenómeno del teatro. Los intentos por controlarlo y regularlo no sólo desde la perspectiva moralizante sino ante todo hacendaria, no fructificaron del todo.

La efervescencia teatral en las postrimerías del siglo XVIII fue tal que abundaron las casas de comedia en espacios privados, que le hacían una competencia desleal a la vida teatral institucional del Coliseo de Comedias de la Ciudad de México. Como lo cuenta el propio autor al referirse a la llamada “casa del Lozero”:

donde vivía y se presentaba el maromero y titiritero José Nicanor Roa en febrero de 1793; diez meses después, era ocupada por el maromero Juan Vicente Condado. Es probable que la llamada “casa del Lozero” funcionara como una especie de corral, es decir, un espacio para la representación, y que en ella habitaran distintos maromeros por temporadas, de quienes era centro de trabajo y vivienda al mismo tiempo, aunque en este caso se antepondría la condición de espacio público recreativo al carácter habitacional —*termina observando el propio Vásquez*— (p. 203)

Dicha particularidad nos hace ver en la distancia un fenómeno singular en la vida teatral: la aparición del llamado teatro alternativo, que más o menos funcionaba al parecer como

ocurre en la actualidad: Haciendo uso de espacios privados alejado de los espacios teatrales institucionalizados y que aparte de no ser fácil objeto del control de los aparatos del Estado, eludía el pago de alcabalas. Como ocurre también con numerosas experiencias de teatro llamado “alternativo” o “independiente” en la actualidad.

En cualquier forma el autor da una lista de las postrimerías del virreinato de 26 espacios como plazas, casas y calles en donde se realizaba alguna actividad escénica como maroma o títeres o comedias de muñecos de forma alterna a la programación cotidiana del Coliseo. Destaca, por lo menos por el nombre, la llamada Plazuela del Placer.

En buena parte de éste primer ensayo Miguel Ángel Vásquez, reflexiona en torno a las relaciones entre el Poder y las recreaciones llamadas “ilícitas” o “deshonestas”, como el consumo de bebidas embriagantes o las aficiones a los naipes y a otros juegos de azar, y destaca de pronto, los vínculos que se establecen entre estas recreaciones y la vida teatral, como es el caso del ejemplo de la actriz y luego asentista del Coliseo Josefa Ordóñez que se distinguió por cultivar “amistades ilícitas” y que fue sujeto de un proceso penal hacia 1766 por haber instalado juegos prohibidos en su casa (p. 209).

Este ensayo como se ha dicho no sólo se refiere como habíamos dicho a aspectos puramente escénicos o teatrales, como ocurre con los trabajos de Germán Viveros, sino de manera más amplia al plano de las recreaciones populares, como las corridas

de toros y como también lo fueron los paseos y lugares de diversión pública; motivo, éstas, de cuidadosa atención por parte de las autoridades virreinales, como lo apunta Vázquez al referir las recomendaciones que el virrey Francisco de Güemes y Pacheco, conde de Revillagigedo hace a su sucesor Agustín de Ahumada y Villalón sobre la “incontinencia en el paseo de Ixtacalco”, en donde entre otras formas de diversión y regocijo popular, pululaban “mujeres libres, ruidosas y de público escándalo” (p. 134).

En cuanto al segundo ensayo “Teatro y calendario cívico en la ciudad de México (1824-1910)”, Miguel Ángel Vázquez comienza haciendo una recapitulación de lo que fue la vida teatral al final del virreinato para dar cuenta en un primer capítulo de las relaciones entre el poder político y el arte escénico durante el México Independiente, en donde va observando cómo el calendario cívico se va transformando y con ello los usos y costumbres con relación a los festejos conmemorativos y la utilización del teatro como elemento requerido para actos públicos, aunque nos hace notar que por las circunstancias por las que pasó el país durante todo este periodo, en las festividades siempre hubo una preponderancia ceremonial de carácter militar. Otra razón para que esto ocurriese, no fue la falta de interés por parte de las autoridades de hacer uso del teatro como medio eficaz para las conmemoraciones cívicas, sino por la falta de recursos económicos para financiarlo. En cualquier forma, Vázquez da cuenta de la existencia de una Comisión de Teatro del Ayuntamiento de la Ciudad de México, en-

cargada de realizar colectas y de promover las actividades teatrales con motivo de festejos como el del 5 de mayo o el 15 de septiembre. Entre las instancias sociales que entregaban donativos para las representaciones teatrales estaban los empresarios teatrales, los cuerpos del ejército, mineros y en un segundo término comerciantes tales como bizcocheros, abarroteros y dueños de tocinerías.

En un tercer capítulo se hace referencia de manera muy puntual de la participación de los dramaturgos nacionales con obras alusivas al calendario cívico conmemorativo.

Así, desde este plano encontramos en este ensayo una visión novedosa de la dramaturgia mexicana del siglo XIX. Autores como Fernando Calderón Juan A. Mateos y Vicente Rivapalacio y en particular Ignacio Rodríguez Galván son mostrados aquí no desde la perspectiva de que con su obra aparentemente romántica eludían la realidad social, sino todo lo contrario; se trataba de autores que con su obra participaban activamente en la consolidación del nacionalismo, como lo dice Vázquez, refiriéndose a las obras de Rodríguez Galván: “La producción de Rodríguez Galván parece distinguirse así por un juego de combinaciones temporales, donde se advierte un tránsito al pasado para ilustrar el presente” (p. 312).

En estos lazos que encuentra Vázquez entre fiestas cívicas y dramaturgia, se da cuenta en este capítulo a un dramaturgo hoy absolutamente olvidado, Joaquín Villalobos, autor del drama *La Patria* estrenado precisamente en un 5 de mayo de 1868. Esta obra, escrita como alusión y en franca

relación con los sucesos del Segundo Imperio, fue escrita con la finalidad de preservar la soberanía y la concordia nacional y como lo apunta Vázquez, fue calificada en su tiempo por un antecesor de Luisa Josefina Hernández, como una “del género épico-alegórico, dividida en dos partes de no fatigosa duración” (p. 315).

Estos dos trabajos de Miguel Ángel Vázquez reunidos bajo el título de *Fiesta y Teatro en la ciudad de México*, nos abren la posibilidad de reflexionar desde otros ángulos la vida teatral de México y eso en sí es ya una aportación importante en la historiografía teatral mexicana.

Hay que mencionar, por otra parte que el primer ensayo, no alcanza a desprenderse del todo de sus orígenes académicos, ya que formó parte de la tesis doctoral de Vázquez; como ocurre cuando nos presenta una propuesta de hipótesis por demostrar, que para una publicación de esta naturaleza resulta innecesaria, sobre todo cuando ya en la introducción nos refiere que el propósito de este texto es “establecer la interrelación de la reforma urbana y el reordenamiento de los espacios recreativos” en la segunda mitad del siglo XVIII (p. 20).

En cuanto al segundo ensayo, se siente que el autor pudo haber abundado más en las relaciones entre fiesta y teatro, como podrían ser festividades como el 12 de diciembre y desde luego acontecimientos políticos de importancia como tomas del poder presidencial, acaso relacionadas con algunas ceremonias similares en el virreinato, en donde el binomio fiesta y teatro iban de la mano, al igual que sobre el interés

que durante el Segundo Imperio se dio al arte escénico y a la teatralidad como medio de legitimación y como recurso conmemorativo.

Luis Reyes de la Maza, ciertamente suele abundar en algo en estos aspectos en su amplia bibliografía sobre teatro del siglo XIX, pero se antoja necesario que un historiador con el rigor de Miguel Ángel Vásquez haga una nueva revisión de estos aspectos de la vida teatral en el México Independiente. Esperemos que más adelante nos obsequie otros trabajos desde esta perspectiva.

Otro aspecto que cabe hacer mención aquí es el criterio editorial de llevar las notas al final de cada texto y no al pie de página, que genera

enormes dificultades para cotejar datos, referencias y fuentes utilizadas a lo largo de los textos; así como también la colocación del índice de cada ensayo no al final del libro sino al principio de cada texto; lo cual revela una falta de sentido de organización de los materiales por editar por parte de quien tuvo a su cargo los procesos de formato editorial.

El negrito en el arroz hay que señalarlo: la mala encuadernación del libro que prácticamente antes de empezar a leerlo empieza a deshojarse; y aun cuando la edición sea de las llamadas “rústicas” no se justifica que la editorial Escenología entregue al público lector libros con mala hechura, por más bajo que haya

sido el presupuesto con el que se contó para la coedición entre el INBA y Escenología.

Pero lo importante es que el Centro Nacional de Investigación Teatral “Rodolfo Usigli” parece que ahora sí después de diez años, le da importancia y prioridad a los trabajos de sus propios investigadores para ser publicados, como ocurre con este libro *Fiesta y Teatro en la ciudad de México* de Miguel Ángel Vásquez, historiador que ha encontrado en las fuentes que el teatro ofrece una rica veta para la reflexión histórica en torno de aspectos como vida cotidiana, diversiones públicas e incluso, historia social y económica.

Celebremos pues esta publicación.